



Azorin

Cervantismos

Aquí me tiene usted, señor, triste y cansado. No he forzado su puerta; ha sido usted quien me la ha franqueado bondadosamente. Y le voy a contar mi historia: mi historia son congojas. No uso la palabra cojijos, porque se trata de algo mas que de leves desazones. Hay en mi familia una tradición: una tradición de cervantismo. Cuando hablo de cervantismo me refiero al auténtico, o sea, el de Alcázar de San Juan. Soy vecino de dicha ciudad; mi padre luchó por la autenticidad alcazareña; mi abuelo fue uña y carne de don Juan Álvarez Guerra, el gran adalid del cervantismo alcazareño. Pero prevaleció la partida de bautismo de Cervantes consignada en los libros parroquiales de Alcalá de Henares. Y aquí comienzan mis infortunios: el desasosiego ha llegado a tal punto que he venido a Madrid a consultar un especialista. Comprendo que mis aprensiones son infundadas; pero no puedo zafarme de ellas. En resumen, mi vida mental oscila entre el cervantismo alcazareño y el cervantismo complutense. ¿Qué debo hacer yo en este caso? ¿Lo puede saber usted y hacerme la caridad de decírmelo? Mentalmente, con ímpetu irresistible, voy de Alcázar de San Juan a Alcalá de Henares. No sé dónde debo, al fin, sentar mis reales. Y ahora pregunto: ¿por qué motivos en Alcázar de San Juan hemos abandonado la lucha? Sé que la partida bautismal de Cervantes que se muestra en Alcázar es falsa; pero, aún siendo falsa, hemos podido continuar la tradición. No menos ennoblece a un pueblo la leyenda que la Historia. El Cid, de Menéndez Pidal es la realidad; el del poema y los romances es la leyenda. ¿Y usted cree que en este caso la leyenda es menos bella que la historia? Pero es que, además, pudimos sostener bravamente la autenticidad de la partida alcazareña. No sólo pudimos afirmar nuestra fe rotunda en ella, sino que nos hubiera sido lícito lanzarnos a la ofensiva. ¿Me permite usted un breve descanso? ¡Tan bondadoso es usted que tolerará también que eche lumbre! Saco, pues, mi bolsita de cuero, con el eslabón y el pedernal, echo mano a mi petaca, con el librillo de papel, y me dispongo a expeler el humo, representativo de las ilusiones humanas, perdone usted este desahogo poético. No extrañe usted la expresión: he viajado algo; he corrido por Francia y tengo en Londres una sucursal. Soy cosechero de vinos; dedico mis preferencias a los caldos

generosos; en mi bodega hay madres de más de un siglo. Y yo he visto en Londres a mojonos ingleses paladear mi vino rancio en éxtasis. ¿Qué es lo que le iba diciendo? Ya recuerdo: dicen que nuestro cervantismo es fraudulento. ¿Y es que nosotros, los alcazareños, no podríamos decir lo mismo del cervantismo complutense? A más de que todo en Cervantes es manchego. Podíamos sospechar nosotros que la partida de Alcalá es falsa: falsa, no por interpolación, sino a causa de la sustitución del antiguo libro parroquial por otro nuevo. Los alcalaínos nos acusan de interpolación: nosotros podemos fulminarlos con la especie de una sustitución total. Y esa sustitución pudo hacerla, como usted, señor, ha insinuado en alguno de sus cuentos, por el amigo y protector de Cervantes, deseoso de que Cervantes fuera nativo de Alcalá. He dicho un amigo de Cervantes, y no he nombrado al aludido: el arzobispo de Toledo Sandoval y Rojas. Si Sandoval y Rojas tuvo empeño, como desde luego lo tuvo -no nos paremos en barras-, en que Cervantes hubiera nacido en sus dominios, la cosa pudo hacerse con toda facilidad. A los complutenses les gritamos: "¿Fraude lo nuestro? ¡Mayor fraude lo vuestro!". Pero me pierdo en un ambiente de alucinación. Lo que nadie podrá negar es el mancheguismo de Cervantes. Y en el caso de que nuestra partida de bautismo sea auténtica, ¿por qué nosotros no hemos hecho de Miguel de Cervantes y López un modelo de caballeros manchegos: un caballero entre campo y ciudad, mitad afable caballero y mitad diligente labrador? Y entonces, ¿por qué íbamos a envidiar a los de Alcalá de Henares? Ellos tenían su arquetipo y nosotros teníamos el nuestro. Y los dos con el mismo nombre. No, querido señor, ningún esfuerzo humano, esfuerzo noble, se pierde. Todo lo bello y bueno es fecundo. Alcázar de San Juan ha estado sosteniendo con vehemencia y tesón ser la cuna de Cervantes, y esos esfuerzos han formado en Alcázar un ambiente reconcentrado de humanidad, tolerancia y simpatía: cualidades características del manchego. Dicen los viajeros ingleses que el manchego es el tipo del perfecto caballero. Los ingleses saben ser caballeros. Y vuelvo a mi tema. Si nosotros, gracias a una partida bautismal, hemos logrado tal concentración de la esencia manchega, ¿por qué no hemos de sentirnos orgullosos de nuestra empresa?

Azorín

ABC, 18 de diciembre de 1944

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo